

Tipos y caracteres: La prensa mexicana (1822-1855).
**México: Universidad Nacional Autónoma
de México-Instituto de Investigaciones
Bibliográficas, 2001, 391 p. il.**
ISBN 968-36-8967-1

Mi querido amigo y admirado colega, doctor José G. Moreno de Alba, a la sazón director del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, tuvo la amabilidad de invitarme a participar, ya como ponente, ya como comentarista o moderador a diversas reuniones, coloquios o seminarios sobre la literatura mexicana del siglo XIX. Parece que esa temeraria deferencia la continúa su sucesor en el Instituto, el doctor Vicente Quirarte, con quien me une antigua y fraternal amistad. A ambos les agradezco esta inmerecida distinción.

En septiembre de 1998 se llevó a cabo el coloquio "Tipos y caracteres. La prensa mexicana, 1822-1855". Tuve, entonces, a invitación del doctor Moreno de Alba, el honor de moderar una de las mesas, por cierto, interesantísima. La celebración de ese coloquio, coordinado por el maestro Miguel Ángel Castro, secretario académico del Instituto, fue, a mi juicio,

un gran acierto, por las razones que en seguida apuntaré.

El conjunto de las ponencias que integran la *Memoria* de este coloquio constituye una valiosísima aportación al estudio de la cultura nacional de la primera mitad del siglo XIX. Como es hartamente sabido, se trata del periodo menos estudiado de nuestra historia cultural, a pesar de ser, paradójicamente, la fase de consolidación del México independiente. Por ello, toda contribución colectiva como la presente debe ser bienvenida.

Varias de las ponencias son evidentemente producto de importantes investigaciones en curso, como se desprende de los textos mismos; es el caso de: "Ciencia y tecnología en la prensa mexicana. Un mecanismo para la ilustración pública en la ciudad de México"; "El Pensador endemoniado (Lizardi vs. El Alto Clero)"; "Manuel Carpio, editor del *Periódico de la Academia de Medicina de México*", o de "La prensa,

vocero de inquietudes personales: Luis de la Rosa, sus intereses políticos y culturales". Hay, además, artículos muy sugerentes para la historia social del periodo, como "El bandidaje en el siglo XIX (1821-1855). Una voz de denuncia a través de la prensa", o "Las librerías de la ciudad México. Primera mitad del siglo XIX", y otros. Sobresale también el interés por estudiar los inicios del periodismo en varios de los estados del país, como Michoacán, Veracruz, Chiapas (ceñido al conflicto separatista de 1823-1824), Puebla y Yucatán, aspecto que habrá de promover este mismo interés en los propios estados.

Es de resaltar también la vinculación que varios de los investigadores establecen, desde diversos aspectos, entre periodismo y literatura o crítica literaria, a través de las personalidades claves del siglo XIX, como son el conde de la Cortina, Luis de la Rosa, Guillermo Prieto, Manuel Carpio, Lorenzo de Zavala, Francisco Zarco, Manuel Payno y Anselmo de la Portilla, sin faltar el recuerdo de los grandes editores decimonónicos representados por Vicente García Torres.

Todo este amplio panorama se ve complementado por otros inteligentes apuntamientos que llaman la atención sobre la necesidad de estudiar las articulaciones de la prensa conservadora (*El Tiempo*, *El Universal*) y sus motivaciones políticas e ideológicas.

En mis épocas de estudiante de la carrera de letras, que comienzo ya a ver en lontananza y hasta cierto punto con

presenil nostalgia, era común la opinión de que, desde el punto de vista literario, nada encontraríamos que valiese la pena en esa primera mitad del siglo XIX, pues los poetas, se decía, se habían visto en la necesidad, por las convulsiones políticas del siglo, de abrazar la carrera de las armas, o la carrera política o el ministerio del púlpito. Literatura que valiese alguna cosa, habría entonces sucumbido, apenas una que otra figura se alzaría de la general medianía. Hasta hoy es frecuente leer en nuestros panoramas históricos opiniones análogas.

La verdad, nunca estuve convencido de que las letras se hallasen reñidas con otras actividades sociales, políticas o del espíritu. La literatura, por el contrario, ha acompañado siempre a los pueblos en sus momentos de gestación histórica, ha sido su portavoz, y particularmente en épocas de grandes convulsiones. Nunca se dijo eso mismo, por ejemplo, de la literatura española. Tanto es así, que hasta se recreó modernamente ahí un tópico literario de honda raíz hispánica, que ya concretaba así Calderón de la Barca:

Aunque inclinado a las letras,
militares escuadrones
seguí, que en mí se admiraron
espada y pluma conformes,

a pesar de que fue el primer romanticismo español quien más fundió la imagen del poeta y el soldado:

¿Oís?, es el cañón. Mi pecho hirviendo
y el cántico de guerra entonará,
y al eco ronco del cañón venciendo,
la lira del poeta sonará,

escribió Espronceda, y los ejemplos serían incontables. Y entre nosotros, ¿había de ser diferente? Desde luego que no, nuestra poesía, nuestra literatura de la primera mitad del siglo XIX está indisolublemente ligada a ese ideal heroico de construir una nación, con las armas, con la pluma, con la oratoria, con la lucha política, con el artículo de costumbres, con la religión, con la educación, con el teatro, con la crítica, con el periodismo. Ésa fue la misión del escritor, y su empresa fue de tales dimensiones, fue tan grande, que sólo hoy la podemos dimensionar cuando convergen perspectivas tan amplias, tan diversas y plurales, como las que reúne esta publicación, en una especie de asedio inquisitivo sobre un mismo objeto, en este caso, la cultura mexicana de la primera mitad del siglo XIX.

Y lo más importante es ver en conjunción tal cantidad de proyectos colectivos, pues rescatar un siglo no es tarea de unos pocos individuos. Ya desde mis tiempos de estudiante desconfiaba de un argumento tan espurio para justificar el olvido y el abandono con que se tenía a ese siglo. Llevado por mi escepticismo, y gracias a una beca del Instituto de Investigaciones Bibliográficas, decidí levantar una bibliografía de la literatura mexicana de la prime-

ra mitad del siglo XIX. Recabé más de mil fichas, que han sido una fuente importante para mis trabajos posteriores. Pero ese trabajo de un becario fue asaz modesto. Conocí el caso, por ejemplo, de don Luis Lanz Margalli, que dedicó su vida entera a levantar la bibliografía mexicana del siglo XIX, y la vida no le alcanzó para ver publicada siquiera una mínima parte de su trabajo. Y otros grandes y meritísimos esfuerzos se venían realizando. El trabajo inmenso sobre las publicaciones periódicas del siglo XIX, de María del Carmen Ruiz Castañeda, sin lugar a dudas nuestra mayor autoridad en el conocimiento de la literatura mexicana de ese siglo, tampoco pudo ver la luz hasta ahora. Ojalá se decida a publicarlo, sería un bien inmenso para nuestra historiografía.

Todo ese corpus que se va configurando, con criterios actuales y comprensivos, con la debida perspectiva histórica, acabará por desmontar juicios y opiniones nacidos de la ignorancia y que se aferran a un pretendido esteticismo anacrónico, que lo que hace es obnubilar nuestra visión del pasado. Un pueblo que olvida su historia es frágil para enfrentar los desafíos del presente y del porvenir. Hoy más que nunca estamos urgidos de conocer, valorar, asimilar nuestro siglo XIX como uno de los periodos cruciales, fundadores, de nuestra historia nacional, de la cultura forjadora de este país. Y nuestro deber es tratar de comprenderlo tan integralmente como nos

sea posible. Si no lo hacemos, quizás, paradójicamente, sigamos pensando facciosamente, como alguno de aquellos partidos en pugna, porque en el fondo sigamos, sin darnos cuenta, instalados en una visión decimonónica, esperanzados en la "modernidad", falsa y hueca modernidad.

Debemos, sí, desde luego, servirnos de todos los recursos de la crítica actual, y de la cultura de nuestro tiempo para comprender mejor ese siglo tan rico, tan complejo, tan vibrante y apasionado, con la debida perspectiva que da el paso del tiempo, la experiencia y la madurez histórica. Entre los que detestan el siglo XIX, porque no lo comprenden, y los que lo idealizan, nostálgicamente, porque tampoco lo entienden, hay que buscar el término medio que da el conocimiento: el amor a lo nuestro, pero con la razón y la crítica. Decía Mesonero Romanos simbólicamente a su hija, como refiriéndose a las generaciones posteriores:

[...] o no me quieras tanto,
o quíereme con talento.

Y lo que eso significa, para nosotros hoy, es la necesidad de establecer esa distancia saludable que nos permita, finalmente, asimilar y superar nuestro pasado.

Ciertamente, hemos tenido grandes estudiosos de nuestro siglo XIX, y por lo que se ve en esta publicación ese grupo excelente pero pequeño, tiende a convertirse en una legión. El Instituto de Investigaciones Bibliográficas, sede institucional de nuestra Biblioteca Nacional, ha tenido un importante liderazgo en esta gran empresa de rescate. Ya es una tradición que, desde el siglo XIX, imprime carácter a esta institución, que es el principal repositorio de la cultura nacional. Creo que la obra benemérita de un José María Lafragua, de un José María Vigil y de tantos otros que han dirigido esta biblioteca, ha tenido dignos sucesores. Por ello, expreso tanto al doctor Vicente Quirarte como al maestro Miguel Ángel Castro un sincero reconocimiento y los felicito por este nuevo logro.